

LENINISMO, STALINISMO Y MAOISMO

Marx y Engels no tuvieron la absurda pretensión de pronunciarse sobre si el capitalismo tendría aún la oportunidad de cambiar de piel muchas veces. No podían saberlo, entre otras cosas porque ello no depende «ineludiblemente» de leyes objetivas independientes de la actuación de los hombres. Lo que sí sabían Marx y Engels es que la revolución, como tarea histórica, era una tarea planteada ya, no confiada a un lejano futuro. Es decir: que el capitalismo se acercaba ya a su crisis definitiva, pero que esa crisis no era el final efectivo del capitalismo, sino que podía prolongarse hasta no sabemos cuándo ni sabemos cómo (quizá hasta desbordar el marco del concreto análisis marxista), salvo que la revolución tuviese lugar; que la revolución podía tener lugar, porque la fuerza que había de realizarla crecía a marchas forzadas; que la revolución era además la única alternativa frente a la universal carencia de significado; que a aquella fuerza, a la clase revolucionaria, no le faltaba otra cosa que ser consciente de su condición de tal; que ella misma, y no algo o alguien en su lugar, había de ser consciente de ello, pero que tal proceso necesitaba de la expresión precisa, coherente y clara del concepto de la revolución, cosa que no haría la clase *por el puro hecho material* de ser tal clase. Por ello la obra de Marx y Engels pretendió, sobre todo, ser el esquema teórico para la actividad de un partido revolucionario y, por ello mismo, una propuesta de

verdad, cuya efectiva verdad, en caso de darse, habría de ser dada por la actuación de la clase revolucionaria.

Si se piensa que el partido socialdemócrata de Alemania, hasta 1914, se consideraba y era considerado (incluso por auténticos revolucionarios; por Lenin, si vale el ejemplo) como el partido de Marx y Engels, y que ese partido tenía, en el año citado, 1.085.905 afiliados, 4.250.000 votantes adictos, editoriales propias, 90 periódicos, 110 diputados en el Reichstag, se puede pensar que el sistema capitalista tenía los días contados, sobre todo si se tiene en cuenta las características del país en el que esto ocurría: sobre una población total de 67.800.000 habitantes (en 1913), las dos terceras partes eran (en 1910) población urbana, de la que la gran mayoría era proletaria o semiproletaria, como se desprende de las cifras (calculadas para 1907) de 8.640.000 obreros industriales, 1.700.000 empleados del comercio y el transporte, 2.300.000 pequeños empleados de la industria y el comercio; había además 3.300.000 obreros agrícolas; todo ello con una industria altamente organizada y tecnificada, el más alto nivel de investigación científica y la más sólida tradición intelectual y cultural de Occidente; junto a esto, una serie de incapacidades políticas por parte de la burguesía, que servían en bandeja a la revolución reivindicaciones democráticas fundamentales, y la necesidad (y, a la vez, imposibilidad) de expansión para una economía que ahora estaba segura de vencer en el mercado libre, pero que tropezaba con el previo reparto del mundo en imperios de potencias cuyo desarrollo capitalista había sido anterior.

Sin embargo, los mismos datos numéricos acerca de la socialdemocracia alemana bastan para infundir sospechas, precisamente por lo abultado de los mismos en ausencia de un clima revolucionario. Por lo demás, «a su alrededor [i. e.: alrededor del partido], sus militantes han sabido tejer una amplia red de or-

ganizaciones paralelas encuadrando, a un nivel u otro, a casi la totalidad de los asalariados, extendiéndose a todos los niveles de la vida social: asociación de mujeres socialistas, movimientos de jóvenes, universidades populares, bibliotecas y sociedades de lectura, organizaciones de ocio y movimientos de aire libre, editores, periódicos, revistas. El edificio descansa sobre el sólido armazón de un aparato administrativo y técnico competente y eficaz, diestro en los métodos modernos de gestión y de propaganda. En sus 90 periódicos, el partido emplea a doscientos sesenta y siete periodistas permanentes, tres mil obreros y empleados, gerentes, directores comerciales y representantes. La mayoría de los dirigentes —sobre todo los miembros de la dirección, el Parteivorstand— y las oficinas centrales, la totalidad de los responsables en los distintos Estados, la mayoría de los secretarios de las organizaciones locales, son funcionarios permanentes del partido, profesionales pagados por él, que le consagran todo su tiempo, ...» (1); sobra todo comentario. En fin, los acontecimientos iban a decirle en seguida a ese partido: *Hic Rhodus, hic salta!*

La crisis final hacia la que el capitalismo caminaba podría, según el pensamiento de Marx y Engels, tener una duración en principio indefinida; se caracterizaría por la cada vez mayor ausencia de sentido del sistema, por la carencia de cualquier tarea, de cualquier objetivo global que no fuese el de la conservación del sistema mismo. Marx y Engels dijeron que la necesidad de la superación del capitalismo podía expresarse en el hecho de que las relaciones de producción capitalistas, que otrora habían constituido un acicate para el desarrollo de las fuerzas productivas, se manifestaban como un freno a dicho desarrollo. La crisis final del capitalismo había de consistir, pues, en el pla-

(1) P. Broué, *Revolución en Alemania*, tomo I, págs. 30-31, de la traducción catalana. Del mismo libro proceden los datos arriba presentados referentes a Alemania.

no económico, en que las relaciones de producción capitalistas, consideradas en conjunto, se constituyesen palmariamente en un freno para el desarrollo. No tiene necesariamente que tratarse —como se quiere interpretar a veces con el fin de desacreditar el marxismo— de que las fuerzas productivas «dejen de crecer» en términos absolutos; lo único previsto por Marx es que las exigencias del sistema frenan ese crecimiento; por otra parte, el puro avance científico-técnico, a nivel de experimentación y de aplicación restringida, no es desarrollo de las fuerzas productivas; finalmente, ni siquiera el aumento efectivo del volumen de lo que es de alguna manera producido significa desarrollo de las fuerzas productivas; por ejemplo: no lo significa el fabuloso incremento experimentado desde los años veinte hasta hoy por las técnicas de despilfarro en gran escala, que, por el contrario, manifiesta que la necesidad de frenar el desarrollo ha alcanzado ya caracteres demenciales.

El momento en que el grado de concentración alcanzado por la industria capitalista llega a ser incompatible con el hecho de que cada capitalista se juegue su existencia como tal en el mercado libre, ese momento coincide, como se desprende de obvios razonamientos económicos, con aquel en el que el desarrollo de las fuerzas productivas deja de ser empujado por el mecanismo de la economía capitalista. Entonces, la única posibilidad de que el volumen de las ganancias siga creciendo es la lucha por el control de espacios económicos cada vez más amplios en los que satisfacer intereses que son ya demasiado fuertes para estar sometidos a las condiciones del mercado libre. Grupos de capitalistas se enfrentan sobre la arena mundial, y los Estados adquieren, por encima de su condición de guardianes del «derecho igual» burgués en sus respectivos ámbitos nacionales, la condición de fuerza político-militar de sus respectivos grupos capitalistas en la competencia mundial. En 1914 esto

salta abiertamente a la vista, implicando no ya a dos o tres países, sino a prácticamente todo el mundo. Se trataba del primer momento de la historia en el que la crisis del capitalismo adquiría carácter abiertamente mundial, traducándose en una inmensa destrucción de fuerzas productivas, de vidas humanas, de capacidades de toda índole. Se trataba también de la ocasión en la que el incumplimiento de sus deberes por parte de un partido socialista ya no podía ser debido simplemente a un «análisis erróneo» de «circunstancias concretas»: había una «circunstancia» común a todos (en ningún modo nacional) y que no dejaba lugar a dudas; se iba a ver muy bien quién era socialista y quién no. Resulta difícil imaginar que, si todos aquellos partidos «socialistas» (de los que el alemán era el ejemplo más brillante) hubiesen negado a «sus» respectivas «patrias» toda colaboración en la guerra (incluida la simple abstención) y hubiesen empleado toda su capacidad para que las masas obreras sacasen las consecuencias de la situación, o, mejor, si ya su actividad anterior hubiese sido de tal naturaleza que tuviese esto como lógico desemboque, resulta difícil imaginar que, en tal caso, el sistema capitalista hubiese resistido los cuatro años de la guerra. Claro que, para ello, es probable que las organizaciones de esos partidos hubiesen tenido que pasar a la clandestinidad, sus «universidades populares, bibliotecas y sociedades de lectura, organizaciones de ocio y movimientos de aire libre», etc., ¿qué hubiera sido de todo ello? El desayuno de sus burócratas se hubiera visto notablemente perturbado, sus ficheros hubieran tenido que ser quemados, la policía quizá hubiera saqueado sus locales; decididamente, esto era inadmisibile.

El número de los «socialistas» que, en la prueba de fuego de la guerra, resultaron ser socialistas, fue muy pequeño; y aun así hubo revolución, la hubo incluso en Alemania (aunque tarde y débilmente). Pero

donde llegó, al menos, a tomar el poder fue en Rusia (1).

Las cuatro quintas partes de la población de Rusia en 1914 se dedicaban a la agricultura, a una agricultura que se encontraba al mismo nivel técnico que en el siglo XVII. Todas las cifras indicativas del desarrollo industrial sitúan a Rusia a la cola de toda Europa. Y, sin embargo, dentro de la escasa industria rusa, las empresas con más de 1.000 obreros ocupaban al 41,5 por 100 del censo obrero total, mientras que la cifra correspondiente en USA era sólo de 17,8 por 100. Ello significa que la industria rusa, nacida no como resultado de un desarrollo interno del país, sino bajo la presión del Occidente, se había implantado directamente sobre la base campesina, saltando por encima de una serie de estadios socioeconómicos y técnicos previamente recorridos por los países con un desarrollo capitalista «normal». El número de obreros de la gran industria en 1914 era de unos tres millones o poco más, siendo de unos 150 millones la población total del país. El proletariado ruso era escaso, pero estaba muy concentrado; en este aspecto, era proletariado en el más auténtico sentido marxista. La historia de su formación fortalecía y debilitaba a la vez esta característica; la fortalecía porque ese proletariado, debido a no haber recorrido la génesis histórica «normal» de una industria moderna, estaba libre de tradiciones corporativas que hubieran supuesto (como lo supusieron en Inglaterra, por ejemplo) un

(1) Indico brevemente las fuentes de las que obtengo los datos para lo que va a seguir (manejadas en todo caso con prevención): «Historia económica de la Unión Soviética» de Alec Nove; «Historia de la Rusia Soviética» de E. H. Carr; el «Trotsky» y el «Stalin» de Isaac Deutscher; las «Obras escogidas» de Lenin en tres volúmenes; la «Historia de la revolución rusa» de Trotsky, en la traducción alemana de Alexandra Ramm (hay que decir esto porque la reciente publicación en castellano no es válida); «El partido bolchevique», de P. Broué, y escritos varios de Trotsky (aparte de la obra ya citada), Stalin, Zinoviev, Bujarin, Preobrazhensky, Mao Tse-tung.

lastre frente a su unión y a la adopción de posturas de lucha política de clase; pero la debilitaba porque una gran parte de esos obreros no habían perdido del todo la ligazón con el substrato campesino, eran mentalmente semicampesinos, o bien seguían teniendo sus raíces en el campo y podían retornar a él, como efectivamente hicieron en buen número cuando las circunstancias de la guerra civil (1918-1920) llevaron a las ciudades el hambre y el desempleo.

Una burguesía industrial constituida directamente sobre un país campesino merced al influjo del capitalismo exterior es forzosamente una burguesía ligada por lazos diversos a la de los países más avanzados. Cerca del 40 por 100 del capital en acciones invertido en Rusia pertenecía a extranjeros, y la proporción era mayor en las principales ramas de la producción. Sabemos que el parlamentarismo es, en circunstancias normales, el régimen político más adecuado para que la burguesía ejerza el poder, entendiéndose por «circunstancias normales» una considerable solidez del sistema capitalista a escala nacional, es decir: una burguesía fuerte. En lo que se refiere a la supresión de elementos irracionales o caducos en la constitución del poder político (como en otros campos), la burguesía es tanto más capaz de tomar la iniciativa cuanto menos tiene problemas de autoconservación. La burguesía rusa, de suyo extremadamente débil (como lo demuestra el escaso peso específico de la industria dentro de la economía del país), tenía por debajo un proletariado correspondientemente escaso, pero con altas posibilidades de unión y una gran combatividad. De aquí que el liberalismo de la burguesía rusa no fuese más allá de ataques a la incapacidad técnica del zarismo, incapacidad que, ciertamente, es esencial a los métodos de gobierno y de selección del personal propios de la autocracia, pero de forma que la burguesía rusa no podía aspirar a otra cosa que a limitar los poderes de la camarilla de la corte con permiso de la

corte misma. En cuanto a los poseedores extranjeros de capital invertido en Rusia, su influencia política en el país tenía lugar en especial a través de la continua intervención de los gobiernos de sus países, en cuyos parlamentos estaban adecuadamente representadas, para lo cual la camarilla era un instrumento mucho más apto de lo que lo hubiera sido un inconcebible parlamento ruso.

Exactamente, ¿quién tomó el poder en Rusia en octubre de 1917? Quien hizo la insurrección fue el soviét de Petrogrado, a través de un «comité militar revolucionario» designado por ese mismo soviét. Las funciones que el soviét había asignado al comité militar revolucionario estaban relacionadas con el control de los movimientos de tropas en la región de Petrogrado, a fin de impedir cualquier maniobra de las clases dominantes (incluido el Gobierno Provisional burgués-«socialista») conducente a eliminar las conquistas democráticas alcanzadas y, en particular, conducente a destruir o debilitar el semi-poder soviético. El comité militar revolucionario derrocó al Gobierno Provisional sin salirse de las funciones que le habían sido conferidas; lo que ocurre es que podía preverse (y, al menos, algunos de los dirigentes bolcheviques lo preveían) que el cumplimiento de esas funciones conduciría al derrocamiento del Gobierno Provisional. Oyendo a algunos «socialistas» actuales podría pensarse que, en aquellas circunstancias, el poder «simplemente democrático» era el del Gobierno Provisional, ya que el otro, el del soviét, era un poder socialista, cuya exclusividad sería (esto es cierto) la dictadura del proletariado. Sin embargo, las cosas se plantearon de otra manera. La insurrección de febrero había sido ya obra del proletariado y de los soldados; con la muerte en el alma, viendo que «el orden» se venía abajo, la burguesía había inventado con prisa y como última solución un gobierno sin el zar; los obreros y los soldados estaban organizados y, lo que

es peor, armados; aun sin el zar, la burguesía no podía conseguir que se desarmasen, esto es: no podía dismantelar los soviets, y no encontró otra manera de coartar la acción de éstos que introducir «socialistas» en el gobierno; así, se suponía, los soviets no podrían alzarse contra un gobierno en el que supuestamente «participaban». El doble poder reposaba sobre el hecho de que la mayoría del soviet creía en la comedia representada por los socialistas en el gobierno, creía en la «buena voluntad» de éste o, al menos, de una parte de él. Pero lo que el Gobierno Provisional no hacía no eran solamente medidas socialistas, sino medidas democráticas. ¿Acaso era socialismo que el pueblo conociese los tratados secretos por los que Rusia se comprometía a una serie de actuaciones contra la independencia de otros pueblos y contra la voluntad de sus poblaciones? Sin embargo, hizo falta octubre para que esos tratados se publicasen. ¿Acaso era socialismo no esperar el permiso de la Entente para negociar la paz? Ni siquiera es socialismo la abolición de la propiedad privada *de la tierra*; se trata de una reivindicación democrático-burguesa, aunque difícilmente puede ser realizada por la burguesía, ya que es difícil imaginar una situación en que la burguesía, en el momento de llegar al poder, no esté ligada ya de hecho por intereses vitales con la clase de los terratenientes; esta clase es una rémora para el desarrollo capitalista, pero la vía por la que la burguesía llega al poder es siempre, en mayor o menor medida, la del compromiso.

El soviet era la institución (si se le puede llamar «institución») más democrática que la historia haya producido; al menos lo fue en el momento decisivo. La idea central era que delegados elegidos en los mismos lugares de trabajo, revocables en todo momento, constituían soviets locales, de distrito, etc. Un congreso de los soviets obreros y soldados de toda Rusia había designado en junio un ejecutivo central, al que

había reconocido validez hasta el congreso siguiente, acordando también que éste debería celebrarse al cabo de tres meses; por lo tanto, el ejecutivo central era ya un órgano de esa democracia de la elección cada tanto tiempo, y, de hecho, seguiría siendo conciliador cuando ya era claro que el inmediato congreso, si los conciliadores no lograban impedir que se celebrase, daría la mayoría a la consigna bolchevique de «Todo el poder a los soviets». Los bolcheviques defendieron esta consigna desde mayo, y Lenin y Trotsky la habían defendido (en la emigración) desde inmediatamente después de lo de febrero. Esta consigna equivalía al derrocamiento del Gobierno Provisional, pero no a su derrocamiento por los bolcheviques, sino por el soviet. Lenin y Trotsky concebían esta consigna como algo a defender en los soviets; cuando éstos la hiciesen suya, la dictadura del proletariado estaría sólo pendiente de una pura cuestión técnico-militar. A menos —y esto es importante— que, en el curso del proceso, los soviets dejaran de tener lo que tenían de auténtica democracia obrera; Lenin no era un fetichista de ningún tipo de organización; sabía muy bien que toda organización (incluso la de su propio partido, la obra de su vida) puede convertirse en «aparato». De hecho, él mismo y otros se dieron cuenta de que el ejecutivo central ya no representaba en absoluto la actitud de la gran mayoría de los soviets de base, y, si mantuvieron la consigna de «Todo el poder a los soviets», fue porque sabían que el ejecutivo central no podría materialmente oponerse a la reunión de un congreso en breve plazo y que, tal como estaban las cosas, no iba a ser fácil manipular ese congreso; en toda «representación» hay un cierto grado de falsificación, pero ahora ese grado iba a ser mínimo. Lo que no se pensó nunca fue que el partido tomase el poder en nombre de «el proletariado» o de «el pueblo» o de «el proletariado y los campesinos»; era preciso algo que materializase efectivamente la demo-

cracia obrera. Lenin llegó a pensar en que el partido podría actuar como estado mayor insurreccional, pero sólo en función del inminente congreso de los soviets; no hizo falta esto porque se pudo hacer todo en nombre del soviets de Petrogrado, la principal ciudad obrera. Las cosas se hicieron tan bien que la insurrección coincidió exactamente con la reunión del congreso, el cual decidió tomar en sus manos el poder.

La insurrección de octubre fue típicamente proletaria y urbana. La inquietud campesina, aguda desde unos meses antes, jugó un papel importante, pero sólo como el adecuado telón de fondo; no participó en la toma del poder propiamente dicha; cierto que los soldados, que sí participaron, eran en gran parte campesinos, pero esto no constituía una intervención del campesinado como tal, ya que —especialmente en tiempo de guerra— la condición de soldado confiere por sí misma características especiales. Ahora bien, en un país cuya población era campesina en sus cuatro quintas partes, el poder proletario tenía que ganarse al campesinado. Lenin nunca pensó que el campesinado (ni siquiera el proletariado y —simplemente y— el campesinado) tomase el poder; sabía que a la violencia de las revueltas campesinas no la acompañaba una perspectiva política radical; que, si bien el problema subyacente a estas revueltas sólo podría ser resuelto mediante una acción revolucionaria en el conjunto de la sociedad, el plan de esta acción no se encuentra esbozado en la propia dinámica de las revueltas campesinas, a diferencia de lo que ocurre en la insurrección obrera. Incluso contó con la posibilidad de que el campesinado ruso en su conjunto siguiese a los capitalistas, al menos mientras la revolución permaneciese dentro de las fronteras de Rusia; aun así, la toma del poder por el proletariado no hubiera sido ni imposible ni absurda; sólo que hubiera estado ligada a plazo mucho más corto al triunfo de la revolución en Occidente. Pero el proletariado ruso poseía una baza

eficaz, aunque peligrosa, para conseguir el apoyo de los campesinos. La agitación campesina había llegado a concretarse en un programa que, sobre el papel, era el programa del partido «socialista revolucionario» (SR): nacionalización de la tierra, expropiación de las fincas de los terratenientes, entrega de toda la tierra a los órganos locales de autogobierno campesino, los cuales se encargarían de su distribución (y periódica redistribución) con arreglo a principios igualitarios, prohibición del empleo de mano de obra asalariada en el campo, así como (obviamente) de la compra y venta de tierra. La jugada de los bolcheviques consistió en aceptar este programa (que no tenía nada de socialista y que, por lo tanto, no era el suyo), en incorporarlo a uno de los primeros decretos del congreso soviético (el mismo día 26 de octubre), cuando los SR, autores del programa, que estaban representados en el gobierno provisional, habiendo ocupado incluso el Ministerio de Agricultura, no habían dado un solo paso efectivo en tal sentido, ni podían darlo en calidad de ministros de un gobierno burgués. En el congreso de los soviets campesinos realizado unos días después, los SR (que eran amplia mayoría) se encontraron entre la espada y la pared; de hecho se produjo una escisión entre ellos: los «de izquierda» apoyaron el poder soviético e incluso entraron efímeramente en el gobierno. Al mismo tiempo se estaban celebrando las elecciones para una Asamblea Constituyente, que habían sido convocadas antes del 25 de octubre; los SR se presentaban con el mencionado programa, y, naturalmente, obtuvieron la mayoría de los escaños, porque campesina era la gran mayoría del país: fue puro azar el que, al escindirse el partido, el mayor número, con mucho, de los diputados SR electos resultase pertenecer a la «derecha», puesto que todos se habían presentado con la misma plataforma; en suma, los campesinos habían votado a un partido que no existía o que, en la medida en que

existía, «defendía» las reivindicaciones campesinas al mismo tiempo que aquellas condiciones políticas que hacían imposible su realización. La burguesía (inclusive los SR de derecha) puso, naturalmente, el grito en el cielo por el hecho de que el poder soviético disolviese la Asamblea Constituyente, pero la población campesina —esto es: la inmensa mayoría de los electores de esa Asamblea— no se inquietó demasiado por ello, ya que entretanto estaba haciendo efectivas sobre el terreno y con sus propias manos sus reivindicaciones. El episodio ilustra muy bien tres o cuatro cosas: la incapacidad de los sectores marginales de la sociedad capitalista (campesinado, pequeña burguesía) para adoptar una posición política propiamente dicha, la facilidad con que esa incapacidad es manejada por la clase dominante, la eficacia que, para este manejo, tiene el mecanismo burgués-parlamentario de los «partidos políticos».

Hemos dicho que el recurso empleado por el poder soviético para conseguir el apoyo de los campesinos era «peligroso». ¿Por qué? El hecho de que el programa agrario no fuese en absoluto socialista no era sólo una cuestión «teórica», sino que tenía un desagradable significado económico. Los campesinos, una vez dueños de toda la tierra, no manifestaron ningún especial interés por el problema de la alimentación de la ciudad; la industria apenas tenía nada que ofrecerles a cambio de sus excedentes, y esto se manifestaba en que el precio que por el grano les pagaba el Estado (comprador en régimen de monopolio) era extraordinariamente bajo; puede decirse que, si los campesinos siguieron produciendo más de lo que necesitaban para su consumo, fue porque existía un eficiente mercado negro, que el gobierno, en los primeros años, no logró siquiera reducir a unas proporciones menos desafiantes. Es preciso observar esto dentro de una perspectiva más amplia.

Una política socialista en la agricultura (inclusive

a corto plazo) tendría que tender a la promoción de explotaciones a nivel industrial, lo cual, en efecto, requiere la eliminación del terrateniente, pero es también todo lo contrario del reparto de las tierras. Lenin pensaba, desde luego, esto, pero pensaba que ninguna política agraria podría llevarse a cabo contra los campesinos; que había que «convencer» a éstos de las ventajas de la coperación; de hecho, sólo había una manera de convencerlos, que consistía en la combinación de dos factores: *a*) que el aumento de la productividad agrícola por encima de las necesidades de subsistencia interesase a los campesinos, para lo cual era preciso que la industria suministrase algo a cambio de los excedentes agrícolas, y *b*) que ese aumento, mediante fórmulas cooperativas, fuese considerable, lo cual está ligado a la posibilidad de introducir maquinaria agrícola. Ambos factores dependen de la industria; y el peso específico de la industria, lejos de aumentar, disminuía, precisamente porque no había con qué alimentar a los obreros, en tanto que los campesinos, si no podían enriquecerse, al menos no se morían de hambre. De hecho, para poder suministrar a los obreros una alimentación misérrima, el Estado soviético tenía que recurrir a medidas de fuerza contra los campesinos, que preferían guardar su grano, o sembrar menos, o venderlo a los especuladores que proliferaban pese a alguna amenaza de fusilamiento. Podría quizá pensar alguien que este esquema presupone una política económica de «autarquía»; esto es aproximadamente cierto, pero era una necesidad; incluso si se prescindiese de la actitud beligerante de todos los demás países frente a la república soviética, lo cierto es que ésta no tendría con qué pagar fuertes importaciones de productos industriales, si se tiene en cuenta que el aumento del excedente agrícola no sería un efecto inmediato. La única salida —y, desde luego, la que tenían en consideración los dirigentes bolcheviques— era que Rusia quedase incluida en la planificación a largo pla-

zo de un conjunto económico más amplio, esto es: la revolución en los países industriales de Occidente. Vemos, pues, que, incluso a nivel económico, la construcción socialista apenas podía avanzar dentro de las fronteras de Rusia. Ahora bien, entonces no era preciso explicar esto a ninguno de los dirigentes bolcheviques; todos estaban convencidos de ello y de algo más, a saber: que, si la construcción del socialismo podría avanzar más o menos en un espacio económico más o menos amplio y de unas u otras características, en todo caso nunca podría completarse más que a escala mundial.

Aunque sólo hemos mencionado el aspecto económico de la cuestión, ya hemos tenido que hacer referencia a que la república soviética estaba siendo objeto de un cerco feroz y víctima de una intervención militar exterior apenas disimulada bajo la etiqueta de resistencia interna al poder soviético (tal resistencia interna existía, y a ultranza, pero, abandonada a sus fuerzas, hubiera sido bastante débil). Hay que aclarar que el único motivo de que la intervención exterior no asumiese la forma de una invasión pura y simple por parte de las principales potencias capitalistas fue el que expresó Lloyd George —que debía saberlo muy bien— al decir que la entrada masiva de tropas inglesas en lucha con el ejército rojo hubiera producido «un soviet en Londres». La guerra «civil» se generalizó desde mayo de 1918 y duró hasta noviembre de 1920. Toda la economía del país fue subordinada a las necesidades de la defensa, y piénsese en la extrema dificultad de esta operación sobre un vasto territorio con todas las características de una economía atrasada (malas comunicaciones, malos medios de transporte, etcétera) y cuando la clase que había tomado el poder era numéricamente muy escasa. Al final, la base material de la economía agraria, precisamente por su carácter arcaico, no había sido tocada; en cambio, la industria estaba deshecha. Y no sólo la base material de la

industria, sino también el proletariado mismo: la cifra de obreros de la gran industria se había reducido a menos de la mitad; esto se debió, por una parte, a la imposibilidad de subsistir, al hambre mortal, que hizo que muchos obreros recorrieran a la inversa el camino que los había llevado del campo a la ciudad, y, por otra parte, al propio desgaste militar y político: los mejores obreros se habían convertido en «cuadros», muchos habían muerto en la guerra. Sabemos que, militarmente, el ejército rojo obtuvo una victoria que ningún técnico militar hubiera previsto. El hecho de que la agresión capitalista no consiguiese derrotar la revolución, sin que tampoco ésta se extendiese a otros países, parece desafiar la teoría marxista; sin embargo, ¿realmente no consiguió derrotarla? En cierto modo, la guerra y el hambre habían aniquilado al proletariado que había tomado el poder en 1917. En un congreso de los soviets celebrado en diciembre de 1921, Lenin dijo nada menos que esto: «Discúlpennme, pero ¿qué describen ustedes como proletariado? La clase de los trabajadores empleada en la industria en gran escala. Pero, ¿dónde está vuestra industria en gran escala? ¿Qué tipo de proletariado es éste? ¿Dónde está vuestra industria? ¿Por qué está inactiva?» En marzo de 1922, en el XI Congreso del partido, Lenin volvió sobre lo mismo: «Desde que terminó la guerra, no son en verdad los miembros de la clase obrera, sino los tramposos que se fingen enfermos para no trabajar, los que han ido a las fábricas. ¿Y nuestras actuales condiciones sociales y económicas son tales que los proletarios genuinos van a las fábricas? No.» A estas palabras de Lenin contestó Schliapnikov en el mismo Congreso: «Vladimir Ilich dijo ayer que el proletariado como clase, en el sentido marxista, no existe [en Rusia]. Permittedme que os felicite por ser la vanguardia de una clase inexistente.» Los dos tenían razón, salvo que Schliapnikov bromeaba con una cosa extre-

madamente sería (1). Podemos decir que, en 1920-21 el proletariado no tenía ni dejaba de tener el poder, ni la cuestión se planteaba realmente, y que, si el partido había «sustituido» en el poder al proletariado, esto no se debía a que lo hubiese desplazado, sino a que propiamente el proletariado había dejado de existir. Esto nos obliga a volver un poco atrás para repasar otras cuestiones:

Durante los primeros meses posteriores a octubre de 1917, los soviets funcionaron, en lo fundamental, con arreglo a los principios que habían inspirado su constitución. Interesa destacar en particular varias cosas. Una de ellas es que el papel predominante del partido bolchevique no se consideraba inherente al sistema; era sólo un hecho. Lenin habló repetidas veces, como de la cosa más natural del mundo, de «la lucha pacífica de los partidos en el seno de los soviets», de «el paso del gobierno de un partido soviético a otro por la simple renovación de los diputados en los soviets». El grueso de los mencheviques y de los SR abandonó el congreso del 26 de octubre porque quiso; nadie los echó. El gobierno revolucionario no prohibió estos partidos ni su prensa, hasta que, unos meses más tarde, se pasaron al terreno de la lucha armada contra el poder soviético, y aún entonces se actuó con bastan-

(1) Las palabras de Lenin y de Schliapnikov (y la circunstancia en la que fueron pronunciadas) están citadas en I. Deutscher, *Trotsky*, tomo II («El profeta desarmado»), páginas 27-28 de la traducción castellana. El propio Deutscher (en el mismo libro, pág. 21) expone así la situación: «En su mejor momento, la industria en gran escala de Rusia no empleó mucho más de tres millones de obreros. Después de la guerra civil, sólo millón y medio, aproximadamente, seguían empleados. Y aun entre éstos, muchos se mantenían inactivos de hecho, porque las fábricas no trabajaban. El gobierno continuaba pagándoles jornales por razones de política social, a fin de salvar un núcleo de la clase obrera para el futuro. Estos trabajadores eran, en realidad, mendigos. Si un obrero recibía sus jornales en efectivo, éstos carecían de valor debido a la catastrófica depreciación del rublo. El obrero se ganaba la vida, tal como se lo permitía la situación, haciendo trabajos ocasionales, comerciando en el mercado negro y recorriendo las aldeas vecinas en busca de alimentos.»

te amplitud, se dejó aparecer algunos periódicos, los mencheviques y SR fueron de nuevo admitidos en cuanto se pronunciaron abiertamente contra la intervención armada, etc. La prensa de derecha se descolgó el mismo día 25-26 dando «noticia» de la insurrección con «mercenarios de Guillermo», «los bolsillos de los hombres de la Guardia Roja están llenos de marcos alemanes», «oficiales alemanes dirigen la insurrección», etcétera; naturalmente, fue clausurada ese mismo día. El partido «cadete» fue prohibido en diciembre no porque «expresase opiniones» contrarrevolucionarias, sino porque realizaba actividades militares demostrables. En términos reales, las libertades de expresión y de reunión en Rusia en estos meses eran considerablemente mayores que las que existen en los países capitalistas de Occidente, y, sobre todo, era abrumadoramente mayor la posibilidad que de hacerse oír tenía un trabajador cualquiera, inclusive un intelectual no financiado. En los soviets, la libertad de defender cualquier postura y de formar cualquier agrupamiento era total, y fue de hecho utilizada (con alternativas) por mencheviques, SR y anarquistas. Interesa destacar que esta tolerancia hacia diversos agrupamientos políticos no obedecía a que los bolcheviques buscasen concertar alianzas entre partidos; por el contrario, ante tales alianzas eran mucho más remisos que los partidos «comunistas» posteriores; lo que consideraban necesario era que en los soviets hubiese un clima de amplia y sustancial discusión.

La generalización de la guerra civil, a una con la aparición de conexiones entre los blancos y los partidos de la oposición soviética, más la insurrección de los SR de izquierda (que habían abandonado el gobierno a raíz de la paz de Brest-Litovsk y se dedicaban a actos terroristas que costaron la vida a varios bolcheviques y casi al propio Lenin), así como otras circunstancias similares, motivaron, naturalmente, un endurecimiento de las posiciones. Con todo, no es en absoluto re-

34
MIRA
DESDE
CERO

presentativa de la actitud bolchevique (y, probablemente, tampoco de la de su autor) la siguiente declaración de un chequista: «...ya no luchamos contra unos cuantos enemigos aislados, exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis en el expediente de los acusados pruebas de si se oponen o no al gobierno soviético con palabras o con actos. Lo que nos interesa es saber a qué clase social pertenecen, su extracción, su instrucción y su profesión. Estos son los datos que deciden su suerte» (1). Esto, aparte de su evidente significado político, es (si hacemos un esfuerzo por examinarlo desde el punto de vista marxista) una sandez, porque precisamente la eliminación física de todos los «burgueses» no constituiría ningún paso decisivo hacia la eliminación de la burguesía *como clase*; una clase no es una suma de personas individuales, sino un aspecto de la constitución de una sociedad dada en su conjunto; para eliminar *físicamente* a la burguesía habría que eliminar físicamente a toda la sociedad.

Con todo, a partir de mediados de 1918 se produce, a una con el predominio casi exclusivo de los bolcheviques, una pérdida de actividad de los soviets. Las decisiones importantes se toman en el Comité central del partido y los órganos soviéticos generalmente se limitan a ratificarlas mediante la omnímoda influencia que en ellos tienen los miembros del partido. Es notable el que, en principio, esto supone no sólo un eclipse de los soviets, sino también un eclipse del partido como tal, ya que éste, en cierta manera, se identifica con el aparato del Estado; se llega a pensar en la supresión del partido, cuya existencia significa una duplicación innecesaria. Por fin, el VIII Congreso (marzo 1919) emprendió la tarea de afirmar la independencia del partido como organización, lo cual, en la situación dada, remite —sin necesidad de que el Congreso

(1) Citado por P. Broué, *El partido bolchevique*, pág. 167 de la traducción castellana.

se lo proponga— a formalizar un aparato de dirección del poder estatal al margen de los soviets. Quizá sea aleccionador observar que, junto a la prácticamente extinción de un proletariado, el «partido del proletariado» presentaba la siguiente evolución numérica: unos 23.000 miembros a comienzos de 1917, 79.000 en abril de ese año, 170.000 en agosto (aumento debido en parte a la integración de organizaciones ya existentes), 250.000 en marzo de 1919, 610.000 en marzo de 1920, 730.000 en marzo de 1921. Lenin pensaría, seguramente, que el carácter «ruso» del partido bolchevique (quiero decir: el que su campo de actuación fuese Rusia, en sentido amplio) no significaba una relación con un casi inexistente proletariado ruso, sino más bien una tarea a realizar en Rusia por cuenta del proletariado mundial; su relación con el movimiento proletario era, pues (o debiera ser), fundamentalmente teórica, y, sin embargo, la inmensa mayoría de esos militantes conocían muy poco o nada del marxismo; su escuela había sido el «trabajo» del partido. En lo que se refiere a la composición de éste, la base para la transformación en algo muy distinto de un partido revolucionario estaba ya sentada; si los resultados no ocurrían aún del todo, era porque la dirección, aunque sólo fuese por razones de prestigio, pero muy sólidas, estaba en manos de revolucionarios. Gracias a esto, el partido seguía siendo un campo de debates apasionantes y que de hecho apasionaban, que tenían, a la vez, altura teórica y auténticas raíces; se discutía con entera libertad y con toda la dureza de las cuestiones planteadas, y el partido seguía pensando y actuando como un partido revolucionario, es decir, experimentando y reconociendo que la cosa no marchaba, debatiéndose realmente en las contradicciones de la situación. Cuando, a propósito de estos momentos, se nos habla de una «verdadera revolución» que los bolcheviques habrían impedido, o aplastado, o «substituido», tenemos derecho a preguntar qué revolución era esa, qué ca-

rácter tenía o podía tener, qué clase social podía realizarla. Ojalá nuestro interlocutor esté en condiciones de demostrar que el concepto marxista de proletariado tiene otra posible realización que los obreros de la gran industria (desde luego, nosotros creemos que esa es hoy una cuestión muy real), y ojalá (cosa bastante más difícil) pueda mostrarnos tal realización en la Rusia de 1920; porque el caso es que, en ausencia de proletariado, no disponemos de ninguna teoría de la revolución; si nuestro interlocutor nos presenta una, la examinaremos con mucho gusto. Por lo demás, mitificar determinados comportamientos puede ser muy contrarrevolucionario. Ya sabemos que los marineros de Cronstadt no eran partidarios de los blancos, y que gran parte de sus reivindicaciones estaban basadas en el concepto de la democracia obrera. Por lo mismo, nos liberaría de un buen peso el conocer algún análisis en el que se nos demostrase que la victoria de la insurrección de Cronstadt y la consiguiente aplicación de su programa hubiera podido conducir a alguna otra cosa que la restauración burguesa bajo una forma autoritaria. Si los marineros de Cronstadt y, en general, los campesinos de Rusia hubieran dicho a los bolcheviques: «Ya está bien de esto, preferimos que vengan los blancos», entonces es posible que los bolcheviques hubieran tenido democráticamente el deber de retirarse. Pero no fue eso lo que les dijeron; no tenían una postura prácticamente coherente sobre la cuestión del poder (con todas sus implicaciones), sino sólo un programa reivindicativo, y esto solo no da derecho a hacer una insurrección, porque una insurrección se hace precisamente para tomar el poder y ejercerlo, y, si no es así, el poder irá a parar a aquella clase que en la sociedad moderna lo tiene de modo natural y espontáneo, esto es: a la burguesía; en realidad, un programa prácticamente coherente de ejercicio del poder, fuera del bolcheviquismo y de la contrarrevolución burguesa, no era posible en aquel momento; las reivindicaciones

de los de Cronstadt no eran, en general, rechazables en sí mismas, pero hacía falta ignorar todo lo ocurrido desde 1917 para pensar que el hecho de que no se cumpliera se debía a los bolcheviques. No había en aquel momento en Rusia ninguna revolución posible; sólo había (y no tardaría mucho en dejar de haberlo) el titánico esfuerzo por mantener unas bazas ante la posibilidad de la revolución en Occidente. Lo de Cronstadt y otras cosas demostraron que, precisamente para mantener esas bazas, era preciso hacer una serie de concesiones en materia de política económica; el Congreso casi simultáneo de la insurrección (marzo 1921) decidió substituir las requisas de productos agrícolas por un impuesto en especie (que luego —al conseguirse una cierta estabilidad monetaria— será en dinero); este impuesto se fijó por debajo de los niveles de requisa del año anterior, es decir: por debajo de las necesidades mínimas de subsistencia; se legalizó el comercio privado y la pequeña industria privada; los obreros empezaron a cobrar sus salarios íntegramente en dinero y a comprar los alimentos y pagar los servicios, en vez de ser alimentados y servidos directamente a cambio de su trabajo; la industria estatal debía vender sus productos y pagar sus salarios, materias primas y gasto de medios de producción; el Estado se reservaba el monopolio de la banca, la gran industria y el comercio exterior, y pretendía realizar su política socialista mediante el manejo de estas palancas económicas. Esto fue lo que se bautizó con el nombre de «nueva política económica» (NEP). Los resultados demostraron muy bien cuál era la situación: ante la necesidad imperiosa de obtener dinero, las industrias estatales se lanzaron a vender incluso las materias primas y el equipo; los precios de los artículos industriales cayeron en relación con los de los productos alimenticios (muy escasos); el paro (o, mejor, el no encubrimiento del paro) aumentó de golpe. El significado económico de la NEP fue que se comenzó

a trabajar y a calcular sobre una base real, para lo cual fue preciso empezar arrojando por la borda los elementos de una ficción económica. Ahora bien, lo real era que en Rusia apenas había proletariado y que, en cambio, tenían un gran papel que jugar comerciantes privados, pequeños industriales, campesinos enriquecidos y toda una serie de elementos con inequívocas tendencias capitalistas. Si el partido quería seguir representando la revolución mundial debía cortarles a estos elementos toda posibilidad política. De hecho ya no había partidos, excepto el bolchevique; pero esto mismo llevaba a que las fracciones que se formaban en el interior del partido jugasen el papel de los inexistentes partidos, y, por otra parte, el crecimiento del número de militantes había provocado una dilución de la actitud política. El X Congreso (el mismo de la NEP) se propuso actuar sobre ambos extremos, y en ambos lo que hizo fue demostrar que la situación no dependía de tales o cuales medidas o decisiones; así, la prohibición de las fracciones consiguió —a dos o tres años vista— someter «monolíticamente» todo el partido a la dictadura de una única y exclusiva fracción clandestina constituida por el aparato cuyos hilos manejaba el secretario general, y, por otra parte, la exclusión masiva de militantes (en número de unos 200.000 en los meses siguientes al congreso) no modificó el carácter del partido y, en cambio, sentó un utilísimo precedente.

Por otra parte, el Estado debía servirse de las palancas económicas que se había reservado para impedir que el indispensable desarrollo se produjese en el sentido de la restauración del capitalismo. Ante la perspectiva de la libertad de comercio, la producción agrícola se recuperó con bastante rapidez; esto creó una cierta demanda de productos industriales; la industria comenzó a producir, pero pronto se hizo notar que los precios que los campesinos tenían que pagar por los productos industriales crecían con rapidez mu-

cho mayor que los precios que percibían por los productos agrícolas; según una gráfica presentada al XII Congreso del partido (abril 1923), las dos curvas de variación de los precios, tras haberse cortado en el otoño de 1922, se separaban cada vez más; este fenómeno, llamado de las «tijeras» (por la figura de la gráfica), debe provocar —y de hecho provoca— una nueva hostilidad y retracción por parte del campesinado; el gobierno se aplica a controlar los precios industriales, pero Trotsky —que es quien ha presentado el diagrama y llamado la atención sobre el fenómeno— opina que esto es sólo un remedio para salir del paso muy a corto plazo; que es preciso elaborar un plan general para la industria estatal, dando toda la preferencia posible a la puesta en pie de una industria pesada. Nace aquí la idea de la «acumulación primitiva socialista».

El funcionamiento de una economía capitalista, con su tendencia a la concentración de la producción mediante la elevación del nivel técnico, presupone, de una parte, la existencia de una masa considerable de capital en manos determinadas y, de otra parte, la existencia de individuos sin propiedad y que, por lo tanto, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo. Dado que la acumulación de capital presupone la plusvalía, ésta la producción capitalista y ésta, a su vez, el capital, estamos en un círculo vicioso si no se supone una previa «acumulación primitiva», la cual no podría consistir simplemente en la reinversión de una parte de plusvalía, ya que no da por supuesto el sistema capitalista de producción. Marx estudió históricamente este fenómeno en el caso de Inglaterra, mostrando que una serie de convulsiones de comienzos de la Edad Moderna habían tenido el efecto (y, en cierto modo, la finalidad) de expropiar a grandes masas de pequeños productores independientes y, a la vez, concentrar importantes recursos en determinadas manos. Puede decirse que todos los países capitalistas avanzados han pasado por un proceso de acumulación primitiva (se rea-

lizase ésta en una sola etapa o en varias) y que, en general, los países atrasados lo son porque no han tenido una acumulación primitiva de capital. Pues bien, Rusia era, en 1917 y en 1922, un país de pequeños productores (fundamentalmente campesinos), sin una industria fuerte. Lo cual quiere decir que el problema que se planteaba era el de realizar en régimen socialista la acumulación primitiva; en otras palabras: utilizar el poder político para realizar de un modo racional y en beneficio de toda la sociedad (y —se daba por supuesto— contando con la conciencia de las propias masas) lo que el naciente capitalismo había realizado en su día a golpe de látigo y en beneficio de unos pocos. La industrialización de Rusia, en efecto, suponía una absorción de medios para sostener el crecimiento racional y planificado del sector estatal (gran industria), una transferencia de mano de obra del campo a la industria (lo que no implicaría descenso de la producción agrícola, ya que en el campo, donde se comía, sobraba bastante gente), y, en todos los sectores, una fuerte restricción del consumo. Con esto no se abogaba por la supresión de la NEP, sino por una utilización en el sentido dicho de los recursos de la política fiscal, la posición monopolista del Estado en una serie de aspectos, etc., así como por una clara definición de objetivos ante las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

La plana mayor bolchevique puso el grito en el cielo ante la teoría según la cual el proletariado debía «explotar» a los campesinos. En cierta manera, esto era una cuestión de palabras; a cualquier empleo de parte del producto social para fines no individuales se puede —si se quiere— llamarle «explotación» del trabajador, lo que no quita que ese fenómeno haya de darse incluso en una economía plenamente socialista. La verdadera cuestión era la de si esa «acumulación primitiva socialista» podría realizarse con el apoyo de los obreros y con, al menos, la no reprobación de los

campesinos. Sobre esto, Trotsky contestaba que habría que hacerlo en la medida de lo posible y que, en definitiva, la última palabra no se pronunciaría en Rusia; pero que tampoco cabía limitarse a esperar, porque la cuestión no era sólo económica: no era posible que el Estado mantuviese su (ya bastante problemático, añadimos nosotros) carácter socialista si su política económica tenía que ser la de favorecer y estimular al productor privado, al comerciante privado, etc., en su condición de tales.

El error de este planteamiento consiste, como vamos a ver, en suponer que el triunfo de la planificación y la absorción del sector privado no podían basarse en otro hecho político que el triunfo del socialismo. Si fuese así, el socialismo habría llevado todas las de ganar, porque el aparato estatal que se había montado estaba hecho para apoderarse del control de la economía, tenía en ello su razón de ser y su misión histórica y, sin esa tarea, carecía de sentido; lo cual no impide que aquel aparato fuese profundamente antisocialista.

Aunque la historia oficial del partido denominó a posteriori «congreso de la industrialización» al XIV Congreso, lo cierto es que la política de industrialización no empezó sino algo más tarde (una vez liquidada la oposición «superindustrializadora») y que se produjo inicialmente no tanto en virtud de un cambio político basado en una visión de largo alcance como a causa del inevitable choque entre las exigencias del aparato y las del mercado. Los campesinos relativamente ricos, a los que no se les concede la subida del precio del cereal, almacenan sus excedentes. A finales de 1927, el suministro de cereales se encuentra con graves dificultades. Entonces empiezan las medidas de fuerza ejercitadas por la vía puramente burocrática. Al mismo tiempo, entramos decididamente en la época en la que las cosas que se hacen ya no se discuten públicamente y en la que las declaraciones públicas ad-

38
Mora
García
Cano

quieren el carácter de instrumentos para el manejo de la opinión.

Los objetivos del primer plan quinquenal (que se venía discutiendo a nivel técnico desde bastante antes) fueron elevados, a raíz de esto, a cifras que superaban notablemente las propuestas de la «superindustrializadora» oposición. En cuanto a la agricultura, era cosa harto sabida que la solución era la colectivización, pero ni Lenin ni Trotsky habían pensado que pudiera hacerse por la fuerza. Dado que no podía hacerse por la fuerza, el Comité Central decidió en noviembre del año 1929 que existía un movimiento «espontáneo» de «la mayoría abrumadora de campesinos pobres y medios» hacia las formas colectivas de explotación. De la noche a la mañana los campesinos se habían hecho entusiastas de la colectivización; no sólo esto, sino que los campesinos pobres y medios habían emprendido por sí mismos la «deskulakización», cuando los anteriores intentos de enfrentar en una verdadera lucha de clase al campesino pobre con el kulak habían fracasado claramente. Ahora toda resistencia es atribuida a los kulaks; cabe pensar que, cuando no fuesen kulaks de verdad, serían «kulaks ideológicos». El decreto sobre la colectivización fue aprobado el día 5 de enero de 1930; el día 20 de febrero se anunció que el 50 por 100 de los campesinos se había integrado en granjas colectivas, ¡lo que es la fuerza de la espontaneidad!; se pensaba que la colectivización estuviese prácticamente terminada para la siembra de primavera, pero algo debió de no salir bien, porque, el 2 de marzo, Stalin decide que a los funcionarios (a los que él mismo había amenazado para el caso de que no se alcanzasen los objetivos previstos) «el éxito se les ha subido a la cabeza», y les recuerda que «los éxitos de nuestra política agrícola son debidos, entre otras cosas, al hecho de que se basa en el *carácter voluntario* del movimiento de las granjas colectivas» (las cursivas son suyas); en los dos o tres meses siguientes hay un

brusco descenso (55 por 100 el 1 de marzo a 23 por ciento el 1 de junio) de la proporción de campesinado incorporado a las explotaciones colectivas; pero el proceso sigue: en julio del año siguiente el 67,8 por 100 de la superficie cultivada está colectivizada. En ningún momento se deja de enarbolar la bandera del «principio leninista de la voluntariedad». La colectivización se realizó con inmensas pérdidas materiales y de vidas humanas, producidas, sin la menor duda, por la resistencia de los campesinos y por el empirismo que caracteriza el modo de proceder burocrático, empirismo que no tiene nada que ver con una verdadera comprensión de la realidad. En los años 30-33 la producción agrícola descendió en picado; de momento, la integración de los campesinos en colectivos —aun suponiendo que no hubiese sido realizada con todas las pérdidas inherentes a una operación de fuerza— apenas implicaba aumento de la productividad, toda vez que ni se disponía de maquinaria agrícola en abundancia ni de una verdadera competencia técnica y organizativa en el sector. El objetivo más inmediato de la colectivización no era el aumento de la productividad, sino el integrar a los campesinos en un tipo de producción en el que no se podía eludir la entrega de productos al Estado al precio fijado por éste, y, de este modo, aumentar el excedente que el Estado podía obtener de la agricultura para financiar la industrialización (incluida en ésta la mecanización de la propia agricultura) (1);

(1) Sobra decir que esto no se hubiera podido hacer sin que una parte de ese excedente fuese encaminado a la exportación para, correspondientemente, poder realizar determinadas importaciones. Lo cual no hubiera sido posible sin la progresiva integración de la Unión Soviética en el concierto internacional, integración que no se hizo sin concesiones políticas que, entre otras cosas, obligaron a convertir la Internacional en un dócil instrumento de la política exterior de Moscú (conversión de cualquier país que ha firmado un tratado con la URSS en «amigo de la paz», la Sociedad de Naciones como «instrumento de la paz», etc.). Lo que no quiere decir que no siguiera habiendo resistencias.

al mismo tiempo, las deportaciones o las simples huidas crearon mano de obra libre que era necesaria para el proceso de industrialización (de hecho fue necesaria mucha más de la prevista en el plan). Evidentemente, lo que estamos describiendo es la acumulación primitiva. Por supuesto, la relación de intercambio favorable a la industria no significó que los habitantes de las ciudades sufriesen en medida mucho menor los rigores del proceso; hubieron de soportar un fuerte descenso de los salarios reales, el hacinamiento en viviendas colectivas, etcétera. Esto hubiese podido justificarse desde el punto de vista del sentido real del proceso, que incluye desde luego la restricción del consumo; pero no había de ser así; en 1933, Stalin (basándose en que los salarios, en términos monetarios, habían subido, aunque mucho menos que los precios) proclamaba que las condiciones materiales de vida mejoraban de año en año, y añadía una muletilla característica de la casa: «Los únicos que pueden dudar de estas conquistas son los enemigos declarados del régimen soviético».

El carácter «obrero y campesino» del poder del Estado era, desde luego, una verdad que no se podía poner en duda; las «verdades» que van contra toda evidencia sólo pueden ser verdades en la medida en que no se permita ponerlas en duda. Lenin y Trotsky podían permitirse el lujo de discutir con los que negaban el carácter proletario de su dictadura, y aún podían permitirse establecer ellos mismos ciertas reservas; Stalin, por el contrario, tenía que descartar cualquier averiguación al respecto, precisamente porque estaba más que claro cuál sería el resultado de esa averiguación. El hecho de que el Estado fuese «obrero y campesino» justificaba, por ejemplo, el que ni los obreros ni los campesinos dispusiesen de ningún órgano de defensa de unos mínimos económicos; los «sindicatos» fueron meros apéndices del aparato, y, durante toda esa época, ni siquiera hubo elecciones

simuladas. ¿Cómo iban los obreros a poner condiciones al Estado que eran ellos mismos?; la dureza de las condiciones de trabajo, de los draconianos reglamentos de disciplina en el mismo, etcétera, no era otra cosa que «la dura lucha» que la clase obrera llevaba con el mayor «entusiasmo». No cabe duda de que la construcción staliniana utilizó algunos entusiasmos reales, pero el «entusiasmo», el «impulso», la «energía», etcétera, son cuestión psicológica y no son, en términos marxistas, el motor de la revolución ni tienen estrictamente nada que ver con la conciencia de clase.

Parece que el «entusiasmo» debiera hacer innecesario lo que, con característico eufemismo, se llamó «estímulo material». Sin embargo, no sólo se establecieron fuertes diferencias de salarios entre obreros más cualificados y menos cualificados, sino que además se concedieron remuneraciones mayores a los «cuadros» y a funcionarios, rompiendo con la tradición marxista y leninista de que ningún miembro del partido percibiese remuneración superior a un salario de obrero. También en esto se demostró que lo único que había bajado de precio eran las justificaciones teóricas: el «igualitarismo» es «pequeño-burgués». Por lo que se refiere a los sueldos de los funcionarios, sería pueril explicar este punto por el mero deseo de lucro de los más o menos mandantes; algunos de ellos (empezando por el propio Stalin) estaban comprometidos en una tarea seria y, a su manera, estaban por encima de esas cosas. Lo que ocurre es que la casta de los funcionarios tenía que establecer sus propias formas de autoselección y perpetuación, digamos: las condiciones de acceso al cuerpo, y, para ello, tenía que establecer correlativamente las ventajas materiales de ese acceso, tal como ocurre en todas partes con cualquier cuerpo de funcionarios.

El proceso staliniano consiguió industrializar la

URSS y convertirla en una gran potencia económica, y, finalmente, incluso elevar el nivel de vida. Esto es un hecho incontestable. También lo es que esto se consiguió por el camino de la planificación estatal de la economía, basada en la propiedad estatal de los medios de producción. En vista de esto, cabe la siguiente postura: se puede criticar a Stalin todo lo que se quiera; Stalin cometió infinidad de barbaridades; pero, al fin y al cabo, Stalin «lo hizo»; él fue el único que «lo hizo» (por lo menos antes de Mao, que se considera discípulo suyo). Creo que esta es en sustancia la posición de los «desestalinizadores»; todos ellos creen, además, que lo «hecho» podría haberse hecho sin tantas barbaridades; lo que no queda claro es si la alternativa afecta sólo a barbaridades concretas o al carácter bárbaro del proceso en general.

Ante esta postura, debemos plantearnos las siguientes cuestiones: lo que Stalin «hizo», ¿puede considerarse como parte de la revolución socialista?; en cualquier caso, pero sobre todo en el de respuesta negativa a la cuestión precedente, eso que Stalin «hizo», ¿qué fue realmente (esto es: qué significado histórico tiene)?; la respuesta a esta pregunta en términos marxistas deberá conducirnos a la respuesta a una tercera: esencialmente, ¿por cuenta de qué clase social se llevó a cabo el proceso staliniano en la URSS? Ya el intento de responder a la primera de estas tres preguntas nos obliga a tratar de expresar en qué consiste lo específico del «stalinismo», en especial a diferencia del leninismo.

La «tiranía», la «brutalidad», etc., no sólo no son suficientes para caracterizar el stalinismo, sino que no pueden en general caracterizar de manera específica régimen político alguno, porque, en una u otra forma, todos los regímenes políticos son «brutales» y «tiránicos»; lo que varía es contra quién va esa «brutalidad» y «tiranía» y bajo qué formas se ejerce. El

partido de Lenin fue bastante «brutal» en las requisas de productos alimenticios, en la lucha contra los acaparadores, etc.; lo fue también en el hecho de disolver la Asamblea Constituyente. El partido de Lenin utilizó el terror. Hasta aquí, la diferencia con respecto a Stalin no pasa de ser cuantitativa. Se podría decir que el terrorismo staliniano es un terrorismo de aparato, no de clase. Bien, pero habíamos quedado en que en los años 20-22 no era posible que la violencia revolucionaria fuese ejercida por el proletariado mismo, ya que de éste puede decirse que no existía; los bolcheviques, a los que el proletariado había colocado en el poder, se encontraron con poder y sin proletariado; si, a pesar de esto, hemos reconocido al ejercicio leninista del poder un carácter en cierta manera proletario, ¿no habrá que hacer lo mismo con Stalin?, y entonces, de nuevo, la diferencia se nos esfuma. Salvo en un punto: el proletariado de Lenin y Trotsky, aun cuando no fuese quien realmente ejercía el poder en Rusia, al menos era algo existente y presente, porque ellos actuaban en función de la revolución mundial, no sólo «mentalmente», sino también en aspectos muy reales; Stalin, en cambio, pretendía construir el «socialismo» (esto es: concluir la «revolución proletaria») «en un solo país», de modo que, si por un momento admitiésemos que esta idea pudiera tener alguna validez, Stalin tendría que haber contado con un proletariado ruso; ahora bien, lo que ante todo hubo de hacer fue crear ese proletariado (esto es: realizar la acumulación primitiva), y no deja de ser chocante la idea de una revolución proletaria que empieza por fabricar un proletariado. Con todo, esto aún no nos basta, porque la cuestión de si el proceso staliniano puede o no formar parte de la revolución socialista hemos de resolverla en un terreno que, a nuestro modo de ver, es más decisivo que el de cualquier concreto paso contrarrevolucionario teórico o práctico.

Al terror, Lenin y Trotsky le llamaron terror; llamaron represión a la represión, y, al hambre, hambre. Jamás decidieron que alguien hiciese «voluntariamente» algo. En cambio, es típicamente staliniano el que el «convencimiento», el «deseo» por parte del pueblo, la «voluntariedad», sean decididos por el Comité Central. Es típicamente staliniano que, cuando los salarios reales se han reducido a la mitad, «sólo los enemigos declarados del régimen soviético» puedan dudar de que se han doblado. En 1923, la oposición había planteado abiertamente el problema de la «acumulación primitiva socialista»; lo había planteado cara a aquellos que habrían de ser sus «víctimas»: o esto o perecemos. Por el método staliniano, en cambio, era esencial que los rigores de la acumulación primitiva se llamasen bendiciones; de aquí el que, para Stalin, la teoría de la «acumulación primitiva socialista» fuese exclusivamente cosa de «los enemigos declarados del régimen soviético», los cuales «pretenden» que se «explote a los campesinos». Si Lenin y Trotsky consideraban y explicaban su actuación simplemente como medidas elementales absolutamente necesarias dentro de una empresa cuyo éxito estaba ligado a una actuación de alcance mucho mayor que el del territorio de Rusia, Stalin, en cambio, proclamaba que aquello estaba ya a las puertas del socialismo, más adelante que estaba en el socialismo y que la «tarea» siguiente era «pasar» al comunismo; en otras palabras: que la omnipotencia del aparato estaba a punto de ser la realización de la libertad. Lenin y Trotsky no tenían inconveniente en reconocer que se estaban produciendo, en lo que se refiere a la constitución del poder, fenómenos no previstos en la noción de dictadura del proletariado, y que estos fenómenos, dependientes de la extrema debilidad del proletariado ruso y del atraso del país, eran tan inevitables por el momento como incompatibles a la larga con la revolución. En cambio, Stalin, bajo cuya dirección era ya lisa y llanamente

el aparato quien ejercía el poder sin dar explicaciones ni permitir críticas, se refería al carácter «obrero y campesino» del poder como a una verdad sobre la que ni siquiera podía tener sentido discutir.

Esta diferencia entre el modo de actuación leninista y el staliniano debe explicarse por el hecho de que uno y otro, Lenin (o Trotsky) y Stalin, se dirigían a interlocutores diferentes. Lenin se explicaba ante el proletariado, y, sin dejar de hacer todo lo posible en Rusia, ponía sus esperanzas en el proletariado *como clase*, es decir: a escala mundial. El comienzo de la época staliniana en Rusia no es otra cosa que la renuncia práctica al concepto de la revolución mundial, esto es: al concepto marxista de la revolución; no acontece de golpe; se va percibiendo poco a poco en el modo de proceder y en la constitución interna del partido bolchevique a lo largo de los años 1918-1926. Con ello cambia la clase social que el partido bolchevique tiene por interlocutor; ahora ya no puede ser el proletariado; tiene que ser aquello que en Rusia hay, y, en el punto de partida, Rusia es un inmenso país campesino y pequeño-burgués, es decir: constituido por esas clases cuya característica es la incapacidad para una actitud política propiamente dicha, para una actitud por lo que se refiere a la cuestión fundamental del poder; su capacidad de «enfurecerse» no es sino la otra cara de su profunda sumisión ante el poder de hecho. Si el proletariado, en cuanto actúa como tal, no puede limitarse a ser la «base social» de un poder, sino que ha de tomar él mismo el poder, la pequeña burguesía y el campesinado, en cambio, son la adecuada «base social» de un poder que emplee el látigo. Podrá parecer que hay contradicción entre la tesis de la base campesino-pequeño-burguesa del poder staliniano y el hecho de que el terremoto de la acumulación primitiva sacuda de un modo especial a estas clases, a las que, en gran parte, proletariza, y, en otra parte, reduce a una situación de dependencia

total. Sin embargo, el que un poder se base en la pasividad de una amplia masa aun provocando en cada uno de los miembros individuales de esa masa una rebeldía mezclada de desesperación y, por lo tanto, de resignación, esto es perfectamente normal cuando se trata de una masa atrasada, dispersa, cuyo carácter de masa reside en que es un gran número y en que es amorfa, no en que su posición en la producción la sitúe en el caso de actuar solidariamente en función de unos objetivos claros y coherentes. Esas masas carecen de la posibilidad de una resistencia organizada; son políticamente invertebradas; la columna vertebral ha de venirles dada de fuera, y en esto se basa también la política proletaria hacia ellas, salvo que la baza que el proletariado juega en esa partida es precisamente la del realismo (de otro modo no sería posible incorporar a esas masas a un trabajo serio). Decíamos que Stalin llamó «voluntaria» a la colectivización; esta afirmación staliniana es falsa, pero no es pura y simplemente falsa; cada campesino individual podía sacrificar todo su ganado antes de entregarlo a los funcionarios (y, de hecho, muchos lo hicieron así), pero, aparte de destruir, colectivamente no tenían alternativa; la alternativa tendría que haberles venido de fuera, y los bolcheviques se habían encargado ya antes de suprimir las alternativas existentes. Luego, la tesis de la «voluntariedad», si bien es falsa, refleja de una cierta manera (digamos: de manera staliniana) la realidad; la afirmación de que un poderoso movimiento espontáneo hacia la colectivización se extendía por el campo ruso significaba (en lenguaje staliniano) que no existía ya nada capaz de vertebrar una resistencia campesina.

Otros muchos rasgos de la dictadura de Stalin muestran que su base era campesina y pequeño-burguesa (lo cual —como en seguida veremos— no es una respuesta a la pregunta de por cuenta de qué clase se realizó el proceso staliniano). Por ejemplo, el tipo

de acusaciones que maneja contra aquellos a los que quiere suprimir; puede observarse que hay siempre un elemento destinado a impresionar la imaginación, un elemento narrativo y «criminal». De ahí también, al menos en parte, la necesaria crueldad del ataque. Si a uno se le acusase simplemente de errores políticos, o incluso de tendencias contrarrevolucionarias, de ello no se seguiría otra cosa que una crítica, o bien la destitución, o, a lo sumo, alguna incapacitación de tipo político; pero si, además, se le acusa de «inocular la meningitis a los caballos» o de estar en contacto con el servicio secreto inglés o alemán (según los momentos) o de preparar un atentado, entonces se sigue la prisión, la deportación o el fusilamiento. Ahora bien, esta manera de descartar enemigos políticos es la propia cuando se está actuando de cara a masas a las que los argumentos propiamente políticos les dicen poco o nada (porque esas masas no tienen en realidad una posición política coherente) y que, en cambio, son accesibles a aquello que excita la imaginación. Aproximadamente lo mismo cabe decir de la importancia que tuvieron en los procesos stalinianos las confesiones de los propios acusados. Más claro aún, si cabe, por lo que se refiere a la devoción al «gran hombre», a la cual sería tan poco propicio un proletariado con conciencia de clase; las maldades absolutamente evidentes se atribuyen a los subordinados; este es un fenómeno que se puede observar, por parte de la población campesina o pequeño-burguesa, en cualquier país donde hay un jefe. El carácter absolutamente grotesco que presentan, para una mentalidad avanzada, tanto los rasgos concretos de la divinización del jefe como los de la demonización de los «malos», significa simplemente que tales rasgos están concebidos por funcionarios especializados en la propaganda para un determinado tipo de población, que no es precisamente un proletariado con conciencia de clase, capaz de hacer la revolución, proletariado que

no necesitaría (ni toleraría) otra cosa que análisis serios, aunque no fuesen expresados con términos de academia. En el mismo terreno estamos por lo que se refiere a la falsificación staliniana de la historia del propio partido y de la propia revolución rusa; la versión staliniana es tan ridícula que un mínimo espíritu crítico bastaría para rechazarla aunque no se tuviesen otras fuentes de información; por otra parte, ha ido cambiando según los momentos; pero esto es lo de menos, porque los autores de esa versión no están dedicados en absoluto a la investigación histórica, sino a la creación de un mito fundacional, de una «historia sagrada».

Por otra parte, la necesidad de incorporar dictatorialmente esa población informe y dispersa a la realización de una tarea ordenada desde arriba, obliga también a una centralización de los recursos de manejo ideológico, esto es: a un monopolio estatal-partidario de la subcultura; como la tarea histórica realizada por la dictadura de Stalin adoptó el disfraz ideológico de «construcción del socialismo» y «revolución proletaria» (aun cuando para ello fue preciso falsear el pensamiento marxista), es claro que la subcultura monopolística staliniana tenía que llamarse «cultura socialista» o «cultura proletaria». Recordemos que, cuando por primera vez se formuló la noción de «cultura proletaria», a ella se opusieron no solamente Trotsky (como es bien conocido), sino también Lenin.

Es cierto que la construcción staliniana destruyó lo que pudiera ser la base económica de una burguesía rusa, y que lo destruyó mediante un gigantesco avance técnico-económico basado en la posesión estatal de los medios de producción y la correspondiente integración de toda la actividad productiva en un plan único. Esto parece obligar a algunos a admitir el carácter socialista, proletario, de la revolución llevada a cabo bajo la batuta de Stalin. Piensan, en efecto, que, según el análisis marxista, sólo el proletariado puede expro-

piar a la burguesía e integrar la producción en un plan único. Y, seguramente, nos dirán que la tesis de la base campesina y pequeño-burguesa del stalinismo es contradictoria con la afirmación de que el campesinado y la pequeña burguesía no pueden tener una postura política propia, no pueden realizar una tarea política por su propia cuenta, no pueden ser en ningún caso la clase dominante, aunque sí (y esto es frecuentísimo) la «base social» de una forma de poder. Recogemos esta objeción, que nos va a resultar muy útil. No hemos dicho que el poder staliniano defendiese las condiciones materiales de existencia del campesinado y la pequeña burguesía como tales; esto sería efectivamente absurdo, porque esas condiciones materiales no tienen en la sociedad moderna ninguna defensa coherente y económicamente viable (y, por eso, no hay una política independiente campesina o pequeño-burguesa). Lo que hemos dicho es que el poder staliniano era el adecuado para movilizar una vasta masa de campesinos y pequeño-burgueses, para arrancarlos a su secular quietud, o, si se quiere decir así, para desarraigarlos, que, en definitiva, es como decir: proletarizarlos, realizar la acumulación primitiva. Un país en el que este proceso no ha ocurrido a su debido tiempo no tiene otra posibilidad que: o bien confiarse a las inversiones extranjeras (y, con ello, deformar su economía con afreglo a los dictados del exterior), o bien que un poder dictatorial realice conscientemente la acumulación primitiva, la cual, en el pasado de los países capitalistas avanzados, tuvo lugar sin que los actores conociesen el significado histórico de sus actos. De estas dos posibilidades, la primera es, por el momento, más ventajosa para los grupos capitalistas que explotan el país en cuestión, pero lo que no está claro es que sea también más ventajosa (ni que sea siempre tolerable) a largo plazo y desde el punto de vista de la seguridad del sistema capitalista en su conjunto, ya que la segunda, si tiene éxito, crea un

país con un sistema social, económico y político estable. Una cosa son los intereses de los capitalistas y otra las necesidades de sostenimiento del capitalismo como sistema de dominación; es lo segundo (y no lo primero) lo que la sociedad capitalista *no puede* sacrificar, y, si para mantener lo segundo es preciso sacrificar parte de lo primero, la burguesía *como clase* no dudará en hacerlo. Pues bien, todo lo ocurrido en 1917 demostró que la precedente situación interna de Rusia era extremadamente peligrosa para la seguridad del sistema en su conjunto; ya hemos indicado que una intervención militar a ultranza lo era igualmente. La única posibilidad que quedaba era la de que el propio régimen soviético evolucionase hasta convertirse en un elemento de estabilidad. Las potencias capitalistas le dieron la oportunidad; Stalin, por su parte, aclaró que lo de la revolución mundial había sido «un malentendido trágico o, más bien, cómico»; y, más importante que las palabras, «dirigió» la Internacional en la forma que puede conocer cualquiera que se moleste en consultar algo más que la «historia» oficial.

Quienes piensan que la «revolución» realizada por la dictadura de Stalin fue «socialista» o «proletaria», porque, de hecho, no dejó levantar cabeza a la burguesía, deben explicar de qué burguesía nos hablan. Si se refieren a la débil burguesía rusa de antes de octubre, o a los intereses económicos que la burguesía occidental tenía en Rusia antes de la misma fecha, respondemos que intereses burgueses de ese calibre, e incluso bastante mayores, son a veces sacrificados en el acontecer propio de la sociedad capitalista sin que a nadie se le pase por la mente hablar de «socialismo». Si piensan en una burguesía rusa potencial (kulaks, comercio privado de la NEP), respondemos que el capitalismo actual no ha mostrado ningún mayor respeto hacia ese tipo de «intereses burgueses». Lo que la burguesía no puede admitir que se ataque no es la existencia de tal o cual sector particular de

ella misma, sino el interés de la burguesía *como clase*, esto es: su condición de clase dominante. Pues bien, el ingreso de un nuevo poder en el sistema de los grandes poderes de la sociedad actual puede perturbar a los otros, pero en ningún modo poner en cuestión la naturaleza del poder mismo; los otros podrán tratar de impedirlo, pero no al precio de poner en peligro el propio concepto de poder con arreglo al cual ellos mismos son poder.

Resumiendo:

Que el proceso staliniano no es marxista, ni socialista, ni proletario, podríamos haberlo demostrado alegando simplemente: a) que la tesis de la posibilidad del «socialismo en un solo país» demuestra que lo que Stalin entendía por «socialismo» no es el concepto marxista; b) que, efectivamente, Stalin proclamó el advenimiento del «socialismo» en unas condiciones que harían risible el empleo de tal concepto en sentido marxista. Pero hemos rechazado esta forma de demostración, no porque no sea demostrativa, sino porque nos interesa descubrir el carácter no socialista (en términos marxistas) del proceso en algo distinto de una afirmación teórica general, en alguna característica permanente del proceso mismo. Por este camino, rechazamos también el concepto de la «brutalidad» y la «tiranía» por parecernos insuficientemente discriminatorio, y nos quedamos, en cambio, con el hecho de que la autoformulación del proceso staliniano es, sistemáticamente, una forma determinada de autoencubrimiento, lo cual es incompatible con el concepto marxista de la revolución como desencubrimiento, como acto de conciencia, y demuestra que las «explicaciones» y «consignas» stalinianas no van dirigidas a una clase revolucionaria, sino a una masa que necesita y tolera la mistificación. Llegamos a la conclusión de que la masa humana con la cual cuenta la política de Stalin es campesino-pequeño-burguesa. La cuestión de cuál es la masa a la que va dirigida una

política es enteramente distinta de esta otra: cuál es la *clase* cuyo dominio esa política defiende; a lo primero puede responderse con «la pequeña burguesía» o «el campesinado»; a lo segundo, no (1). Pues bien, nuestra respuesta ha sido que tal clase no es otra que la gran burguesía mundial. Con esto no queremos decir que la gran burguesía mundial fuese «partidaria» de Stalin; sólo queremos decir que el rumbo staliniano fue, desde el punto de vista de esa clase, la solución posible en unas circunstancias determinadas, y no sólo la solución a la situación rusa, si se tiene en cuenta lo que el stalinismo significó para todo el movimiento comunista.

El final (relativo y problemático, por lo demás) de la era staliniana en la URSS no significa otra cosa que el hecho de que, como resultado de la industrialización staliniana, la URSS no es ya un país predominantemente campesino y pequeño-burgués, y que, por lo tanto, los métodos de gobierno no pueden ser los mismos. De aquí no se sigue una necesaria confluencia de esos métodos de gobierno con los que imperan en los países occidentales de capitalismo avanzado. La URSS ha pasado directamente a una situación ya muy lejana del capitalismo clásico sin pasar por éste, y tal simple diferencia tiene que engendrar muchas otras. Por otra parte, el proceso staliniano ha legado sus mitos; yo no sé cuántos ciudadanos de la Unión Soviética creen actualmente que están en una «sociedad socialista» y en el «paso al comunismo» (o comoquiera que sea la última variante de esa historia); pero lo de menos es que, en el fondo, lo crean o no, como inessential es el que cada ciudadano de USA crea o no en su «democracia» y sus «libertades». En todo caso, esos mitos funcionan, e incluso funciona un benéfico mecanismo de intercambio por el que la oposición de cada

(1) De aquí el que puedan existir partidos «pequeño-burgueses» o «campesinos», los cuales, sin embargo, sólo pueden asumir el poder como soluciones para la burguesía.

lado se incorpora los mitos del otro; la utilidad de este mecanismo (pues la sociedad actual necesita también encauzar las oposiciones) es un argumento más en favor de que las diferencias no desaparezcan del todo.

No deja de ser irónico el que, frente a la «desestalinización», hayan sido los chinos quienes hayan asumido la defensa de Stalin. Ellos acusan a los «revisionistas» de «capitulación ante el imperialismo», y, sin embargo, la historia de lo que todavía hoy se llama el «movimiento comunista internacional» no registra un caso de capitulación más descarado que la política china de la Internacional staliniana en 1925-1927. Propiamente, ni siquiera puede hablarse de «capitulación», pues la Internacional no tenía de qué capitular; desde el principio, su política consistió en entregar al proletariado chino, atado de pies y manos, a Chiang Kai-shek y consortes, y en suministrarles las armas para ejecutarlo. Extremadamente característico del rumbo staliniano es el hecho de que tanto la Internacional como el partido comunista de China se manifestasen «monolíticamente»; en tiempos de Lenin no hubiera sido posible el que ni los chinos supiesen que en Moscú había oposición a la política china de la Internacional ni la oposición de Moscú supiese que el partido chino actuaba por puro sentido de la disciplina y porque se sentía incapaz de romper con Moscú; sólo el aparato staliniano lo sabía todo, y cuidaba de que nadie se enterase (1). Ya por entonces, Mao se pro-

(1) Chen Tu-hsiu, el dirigente más destacado del partido comunista de China, se había opuesto constantemente a las directrices de la Internacional, aunque las había cumplido. Trotsky y la oposición «de izquierda» habían hecho una serie de declaraciones en el mismo sentido, cuya publicación no había sido permitida. Después de que la oposición, ya fuera del partido, sacó a la luz lo ocurrido, Chen reconoció que Trotsky había tenido razón, con lo cual hizo a la Internacional el favor de suministrarle una cabeza de turco: la explicación oficial china del período 1925-27 y de sus desastrosos resultados es «la política, oportunista de derecha, de la dirección de Chen Tu-hsiu».

nunció en contra del hecho de que se frenase el levantamiento campesino; ello le costó su puesto en el Comité Central, pero Mao era aún demasiado poco importante para ser definitivamente purgado, y, en todo lo que siguió, fue lo bastante astuto para evitar toda desobediencia abierta a la Internacional, primero, y toda ruptura con Stalin después; su conducta fue mucho más sinuosa que la de Chen Tu-hsiu, que primero obedeció (aun en desacuerdo) y luego rompió abiertamente; pero esta misma sinuosidad es staliniana, no leninista.

Si Rusia tenía en 1917 no más de tres millones de obreros de gran industria, China, con una población varias veces mayor, no pasaba en 1925 de los dos millones; era, ciertamente, un proletariado fuertemente concentrado y, también en lo demás, muy parecido al ruso, cuyas condiciones ya hemos descrito. Lo que debilitó aún más a ese proletariado no fue sólo la derrota de 1927, sino también la subsiguiente política de la Internacional, que, negándose a admitir que hubiese habido derrota, lanzó a los obreros a una serie de levantamientos absurdos, que empezaron con la insurrección armada de Cantón de 1927, mientras que ahora Chen (y Trotsky) afirmaba que era preciso reconocer el retroceso, recomenzar el trabajo de propaganda y agitación, etcétera; Mao participaba de este juicio sobre la situación, como lo prueba el hecho de que se retiró efectivamente; pero, mientras Chen seguía pensando en el proletariado urbano, Mao se retiró al campo. Desde este momento, su lucha tiene lugar en uno u otro punto del vasto escenario de la China rural, mientras el movimiento proletario de las ciudades recuperaba una y otra vez algo de su fuerza y, falto de organización y de dirección, era una y otra vez derrotado. Ahora bien, la guerrilla campesina, y, por lo tanto, el maoísmo, pasan a ser la alternativa revolucionaria de China desde el momento en que la invasión japonesa produce el desmantelamiento de

la industria de las ciudades chinas y, con él, la prácticamente eliminación del proletariado propiamente dicho. A lo largo de los veinte años que siguen, Mao y sus guerrilleros tienen tiempo de llegar a un extraordinario grado de identificación con las masas campesinas. Aquellos hombres fueron, en realidad, dirigentes campesinos que habían estudiado a Lenin y asimilado la experiencia rusa, y que, en consecuencia, tenían una idea determinada acerca de la posibilidad de hacer de China una nación integrada y avanzada. Ellos también iban a realizar precisamente la acumulación primitiva, arrancar la dispersa realidad de un país a sus arcaicos modos de vida, hacerla entrar en una planificación que le imponga los sacrificios necesarios para crear una economía moderna. Pero, a diferencia de Stalin, pudieron hacerla contando con el campesinado no sólo como base, sino también, en cierto modo, como fuerza positiva. ¿Cómo fue posible esto?, en otras palabras: ¿por qué el Estado chino no tuvo que ejercer la brutalidad sobre las masas campesinas, o, al menos, no (ni remotamente) en la medida en que lo hizo Stalin?; esta cuestión enlaza con otra más general: ¿por qué la violencia y la represión tuvieron en China un carácter bastante menos siniestro que en Rusia? La respuesta está ya implícita en lo que hemos dicho. El partido de Mao no tuvo que cambiar de carácter y de proyecto fundamental después de haber tomado el poder; el hecho de que no contase con un proletariado industrial estaba ya claro desde el principio, y Mao y sus compañeros llevaban veinte años trabajando sobre base campesina. El partido de Lenin cambió sus proyectos, su modo de decir y de actuar, su tipo de organización, etcétera, con arreglo a la nueva situación, pero esto lo hizo mediante terribles convulsiones internas: casi no puede siquiera decirse que el partido «cambió», sino más bien que fue eliminado y que los nuevos amos de la situación tomaron del cadáver aquello que les era útil. Y esto

no explica sólo la violencia dentro del partido, precisamente porque ese partido —el de Lenin— tenía la costumbre, luego «superada», de ser extremadamente sincero ante las masas. Por otra parte, el partido de Lenin no tenía, ni remotamente, una ligazón con las masas campesinas parecida a la de Mao. Si la revolución de octubre fue una insurrección proletaria que consiguió el apoyo de las masas campesinas, la revolución china fue una ocupación de las ciudades por los guerrilleros campesinos; de aquí que, desde el principio, el campesinado se sintiese mucho más identificado con el poder, y, por su parte, los dirigentes tuviesen ya una enorme experiencia de cómo tratar a los campesinos. Es probable, además, que la propia dinámica de la guerra que condujo a la toma del poder se encargase de arrancar a gran parte del campesinado de sus tradicionales modos de vida y que, en consecuencia, esto no tuviese que aparecer luego como un acto de coacción desde el poder. Añádase el que los chinos no tuvieron que estar primero varios años en el poder sin la posibilidad de hacer nada por mejorar las condiciones de vida del pueblo, cosa que les ocurrió a los bolcheviques a causa de la guerra, y que esto está relacionado con el hecho de que la resistencia internacional frente al régimen de Mao no tuvo ni lejanamente la importancia material de la que se produjo frente al de Lenin; en el caso de este último, puede decirse que la burguesía mundial hizo realmente todo lo que pudo acabar con él (y ya hemos visto que, en cierta manera, lo consiguió), mientras que, cuando Mao Tse-tung llegó al poder en China, se tenía ya, en virtud del proceso staliniano, una idea más suave del peligro que un «país socialista» representaba para el capitalismo mundial; el «socialismo en un solo país» había curado muchos espantos. Más aún, la existencia en Rusia —no mucho, pero sí más que en China— de elementos de una cultura avanzada (empezando por el propio marxismo, con lo cual esta cues-

tion enlaza con la del primitivo carácter del partido bolchevique) tenía que chocar con el nuevo estilo del partido, cuyos modos de producirse, dirigidos a impresionar a la masa campesina y pequeño-burguesa, difícilmente podrían ser digeridos desde un punto de vista racional.

Estos factores (y, seguramente, muchos otros) determinaron que el proceso chino presentase un carácter menos terrorista que el dirigido por Stalin. Pero la identidad del concepto fundamental aplicable a ambos se manifiesta también en el terreno de las formas político-ideológicas: ausencia de libertades democráticas, partido único y «monolítico», culto al «gran hombre», ritualismo. El hecho de que el propio partido (y el propio Mao Tse-tung) haya intentado a veces mitigar seriamente alguno de estos fenómenos y haya acabado por echarse atrás, demuestra que son esenciales al proceso.

Hemos descrito —hablando de la URSS y de China— un tipo de proceso económico-político, para cuya designación emplearemos las expresiones «revolución nacional» o «régimen social-nacional», y que, resumiendo, podemos caracterizar de la siguiente manera:

En un país que no ha producido a su tiempo una economía capitalista avanzada, la explotación imperialista no sólo no crea esa economía, sino que impide un desarrollo industrial armónico e integrado. Lo que sí ha hecho el imperialismo, al llevar a todas partes la muestra de lo que es una organización de la producción y un modo de vida avanzado, ha sido introducir en esos países la problemática del desarrollo, el concepto (por así decir) de la técnica moderna, y, además, al manipular a la población con arreglo a sus intereses, ha introducido un principio de desarraigo con respecto a la estructura tradicional precapitalista. Los enormes contrastes y tensiones a que eso da lugar sólo pueden ser resueltos mediante la transformación de ese país en un país de economía armónicamente

desarrollada e integrada, con una técnica avanzada, y, lo que es lo mismo, con una entidad de «nación» en el sentido moderno de la palabra, es decir: de unidad económica lo bastante completa para poder negociar como conjunto con otros conjuntos similares, de lo cual es expresión su carácter de entidad política unitaria e «independiente». Ahora bien, esta transformación sólo puede tener lugar mediante una movilización total de las energías de ese país en un proceso de acumulación primitiva con arreglo a un plan inteligente. Esa tarea es fundamentalmente destructiva con respecto a las precedentes estructuras, porque necesita contar sin restricciones con las energías materiales del país, y, por lo tanto, esa tarea es «revolucionaria» a escala nacional. De las condiciones que hemos supuesto (y, fuera de esas condiciones, no tiene validez el presente esquema) se desprende que el proletariado de esos países es demasiado débil y está demasiado localizado para tener el efectivo control de la situación, y que la «burguesía» local carece de fuerza y está ligada a la precedente deformación de la economía del país. También damos por supuesto que la cuestión de la revolución proletaria no está en el orden del día a escala mundial, ni siquiera en un área económica, más amplia, en la que el proletariado sea, en conjunto, lo bastante fuerte (contrariamente a lo que sucedía en 1917, pero ya no en 1925). En tales condiciones, la toma del poder por una minoría técnicamente eficaz, de mentalidad avanzada, libre de todo compromiso con clases de la inepta estructura anterior, y que, al mismo tiempo, haya sido capaz de enraizar en las masas no privilegiadas, es lo único que puede desencadenar el proceso antes indicado. Tal hecho, aun cuando perjudica intereses (imperialistas) de determinados sectores capitalistas (y, por supuesto, conduce a la liquidación de la «burguesía» local), no sólo no pone en peligro el dominio mundial

de la burguesía como clase, sino que incluso puede ser la única manera de eliminar determinadas tensiones peligrosas para el capitalismo en su conjunto, y, por lo tanto, responder paradójicamente a los intereses de la burguesía (mundial) *como clase*.

Naturalmente, con esto último no queremos decir que esos movimientos sean «contrarrevolucionarios»; tal afirmación sería tan absurda como lo es no establecer distinción alguna entre situaciones diversas dentro del dominio de la burguesía, o rechazar cualquier concesión que los grupos monopolistas hayan de hacer, bajo el pretexto de que, si hacen concesiones, es para evitar situaciones explosivas a escala más amplia; la cuestión es, naturalmente, si se puede prever que todo iba a quedarse en «situación explosiva» o si, por el contrario, hay posibilidades revolucionarias reales. En cualquier caso, lo que sí es contrarrevolucionario es llamar a las cosas lo que no son; llamar «socialismo» a lo que hay en tal o cual país es viciar fundamentalmente la conciencia de las masas trabajadoras y, en definitiva, es una excelente manera de hacer propaganda antimarxista y de calumniar el marxismo como doctrina. Por lo demás, la postura de un marxista en relación con este fenómeno, como en relación con cualquier otro, debe guardarse muy bien de ser maniquea, y distinguir todos los distintos aspectos: la «revolución nacional» es una victoria frente al imperialismo, pero, a la vez, si las cosas no se complican, su feliz final contribuye a reforzar la estabilidad del sistema y crea un nuevo poder interesado a su vez en su propia seguridad económica, política y militar; crea una economía moderna y, por lo tanto, un proletariado que se encuentra, en relación con la casta dirigente, básicamente tal como el proletariado de un país capitalista se encuentra en relación con su oligarquía, inclusive las diferencias, de país a país, motivadas por el hecho de que una posición de ventaja en el concierto mundial puede convertir en «aristocracia

obrera» a todo el proletariado de un país. Finalmente, el problema de la revolución socialista (esta vez sin comillas), que es un problema mundial, será el problema del proletariado en general, del proletariado del llamado «bloque socialista» como del proletariado del otro «bloque» y del que pueda haber fuera de ambos.

Nota sobre el fascismo

Habida cuenta de todas las aplicaciones que se han hecho de la palabra «fascismo» por parte de los medios de izquierda, no es posible elaborar un concepto político claro y que valga para todas. Dado que es muy importante en política atenerse a conceptos que caractericen (y, por lo tanto, distingan) las distintas realidades, sobre todo cuando uno se considera comprometido en un proyecto cuya fuerza estriba en la conciencia de cierta clase social, emplearemos la palabra «fascismo» solamente para designar un fenómeno que tenga una constitución socio-política determinada, y, en los demás casos, emplearemos las palabras que realmente describan la situación, aun cuando fuese más cómodo meter todo en el mismo saco. Aun así, no bastará decir que un régimen es fascista para describirlo eficazmente; no podemos esperar encontrar el fenómeno en estado puro.

No es extraño que el fascismo haya surgido precisamente en los comienzos de la década de los veinte, esto es: sobre la base de la situación revolucionaria más clara que se haya producido en la historia de la sociedad capitalista europea, o, mejor, sobre el hecho de que, por falta de una orientación clara y decidida, esa situación revolucionaria no se convirtió en revolución.

El problema está una vez más en la posición de las amplias masas que, en una sociedad capitalista avanzada, viven en medio de esa sociedad, enteramen-

te condicionadas por su mecanismo, pero sin pertenecer a la contradicción fundamental de esa sociedad; esto es: lo que podemos llamar, en sentido muy amplio, «pequeña burguesía». En condiciones normales, esa masa constituye un factor de estabilidad por dos razones; primera, porque cada uno de esos pequeño-burgueses sabe que su pequeña economía particular es un edificio extremadamente débil, que puede ser arruinado por cualquier terremoto social, y, segunda, porque, al no pertenecer a la contradicción fundamental de la propia sociedad en la que viven, al no constituir en sentido estricto una clase de esa sociedad, carece de una perspectiva política esencial, que vaya al fondo de las cuestiones. (El proletariado, en la medida en que no ha llegado a constituirse como clase «para sí», actúa también como «pequeña burguesía»; pero, a diferencia de ésta, es una clase «en sí»). De aquí el fenómeno, fácilmente observable, de que es la pequeña burguesía la masa a la cual va dirigida en mayor medida la propaganda de los partidos políticos en régimen burgués, y el afán de explotar la inconsistencia política de esa masa se muestra claramente en el carácter estúpido de esa propaganda: su afán de impresionar y de «convencer», más que de explicar realmente, su parecido con la publicidad comercial, etcétera. Se sabe que la pequeña burguesía es aquella masa cuya única posibilidad política en condiciones normales es la de elegir entre una y otra variedad de los aspectos accidentales del dominio de la clase dominante, y las elecciones sirven a la clase dominante para saber cuál de esas variedades es la más adecuada para mantener la confianza de las masas amorfas. Es frecuente que un partido calificado de «pequeño-burgués» llegue al poder; esto quiere decir que un partido capaz de encandilar a la pequeña burguesía merece por ello mismo la confianza de la clase dominante sólo con que demuestre su aptitud para ejercer el poder con arreglo a las condiciones de la sociedad capitalis-



ta; pero ningún partido llega al poder para desarrollar un programa específicamente pequeño-burgués, por la sencilla razón de que tal programa (como programa coherente, es decir: de real ejercicio del poder) no existe; existen programas más o menos susceptibles, en un momento dado, de atraer a la pequeña burguesía, pero son sólo variantes accidentales del programa de la clase dominante, o bien pseudoprogramas, promesas demagógicas que no pueden cumplirse, o que no pueden cumplirse con las fuerzas con las cuales se está dispuesto a contar.

Pensemos ahora en una situación —por así decir— prerrevolucionaria (que puede, al menos en parte, ser provocada por unas condiciones objetivas críticas); el movimiento obrero alcanza grandes proporciones, asume posiciones cada vez más exigentes, y lo hace sobre la base de una sólida organización; se producen entonces serias perturbaciones en el funcionamiento de la maquinaria económico-social. Es imposible llegar a una revolución sin *pasar* por ese estado, pero lo peor ocurre cuando se *permanece* en ese estado. Entonces, las bases económicas de la gran burguesía, en lo fundamental, permanecen intocadas, y, en cambio, la inestabilidad social y económica zarandea a la pequeña burguesía, la arruina, la lleva de un lado para otro, la hace pasar hambre e incluso la hiere en su «dignidad». El pequeño-burgués se atiene a lo que hay delante de sus narices: la fuerza del movimiento obrero es el más visible de los factores que provocan la situación convulsiva, y esa fuerza se basa en la posibilidad de constituir organizaciones, de manifestarse libremente, etcétera; el pequeño-burgués se enfurece contra esa situación, piensa que hay que cortar por lo sano; su furor se expresa en mitos de «paz», «unidad», «justicia», «orden», «reconstrucción nacional»; si piensa que los manejos del gran capital también tienen la culpa, lo hace siempre con referencia a aspectos acci-

dentales, no al capitalismo como tal, concepto del que el pequeño-burgués carece, aun cuando pueda usar la palabra, porque es un concepto de clase. Entonces el pequeño-burgués sigue a aquel partido que prometa, ciertamente, «justicia» (¡es tan fácil prometer eso!), pero también «orden», «paz», «mano dura», es decir: la represión del movimiento obrero mediante la eliminación material de sus organizaciones, la abolición de las libertades democráticas formales. La gran burguesía (que en condiciones normales prefiere mantener las libertades formales) permite el auge de este movimiento, incluso lo fomenta, para poder utilizarlo como solución extrema, reservándose la posibilidad de aparecer años después como libertadora frente al «yugo fascista» cuando el movimiento obrero haya sido ya desmantelado. Este esquema presupone una economía capitalista avanzada o «semiavanzada», entendiéndose por esto último el caso de un país cuya economía —aun encontrándose en el estadio del capitalismo monopolista— arrastra una crónica insuficiencia. En ambos casos hay una centralización considerable del poder económico, lo cual hace posible una interpenetración entre los centros de decisión económica y el aparato estatal. Un aparato estatal que no depende de procedimientos parlamentarios, ni de información y crítica pública, se presta mejor que el de la república burguesa clásica para constituir una especie de estado mayor de las operaciones necesarias para reorganizar y depurar, desde el punto de vista de la clase dominante, la economía del país. Tales operaciones pueden, aparte de eliminar la resistencia de la clase obrera, consistir también en otras cosas: desde preparar al país para una guerra (si los problemas se relacionan con la imposibilidad de una expansión imperialista) hasta —en el caso de un país «semiavanzado»— impulsar una especie de acumula-

ción primitiva tardía y subsidiaria, que, por muy intensa que sea, resulta, sin embargo, bastante inepta, por el hecho de que se ve constreñida a respetar todos los intereses vitales ya establecidos (1).

ADDENDA

El mayor problema para un planteamiento revolucionario marxista en el momento actual puede enunciarse así: ¿qué es hoy el *proletariado*?, ¿qué fuerza social, efectiva a escala de toda la sociedad, responde hoy a la noción marxista del proletariado?, ¿en qué puede hoy materializarse socialmente lo *negativo* de la propia sociedad presente? No vale hablar de sectores «marginados»; los «marginados» no pueden hacer revolución alguna; el proletariado, en sentido marxista, es inmarginable; es *el centro mismo* de la sociedad moderna, pero ese centro considerado *negativamente*, como la burguesía es ese mismo centro considerado *positivamente*.

—ooo—

Es extremadamente raro encontrar alguien que, llamándose marxista, esté dispuesto a discutir *desde el punto de vista del marxismo* (y exponiéndose a todas las consecuencias) la cuestión de qué es realmente el llamado «socialismo» de un llamado «bloque socialista». Al llegar a este punto, se ve en seguida el afán de no discutir seriamente; ni el mejor comunista es tan revolucionario como para aceptar el hecho de que pueda uno estar tan solo; no lo son como para prescindir del apego a una realidad dada (en la URSS, en China, en alguna otra parte). En relación con mi ensayo «Leninismo, stalinismo y maoísmo», cabe esperar que incluso los marxistas homologados reconozcan algunas cosas:

(1) Esto se debe a que el capitalismo representa una fuerza fundamental dentro del país, cosa que no ocurre en el caso de la «revolución nacional» de que antes hablamos. La España de 1930 era fundamentalmente un país «semiavanzado». La Rusia de 1917 representaba en cierto modo un tipo intermedio (economía «semiavanzada» flotando sobre un inmenso mar campesino y arcaico), y, paradójicamente, fueron las secuelas inmediatas de octubre (y de su no continuación en Occidente) las que la redujeron al tipo de país atrasado. En cambio, China, al menos desde la invasión japonesa, pertenecía por completo a este tipo.

Primera, que no juzgo del carácter «socialista» por comparación con un patrón apriorístico. No me limito a decir *que no*, sino que digo *cómo no*. Por ejemplo: no digo que, puesto que la revolución se quedó limitada a Rusia, «tenía que» ser derrotada, y que, puesto que «tenía que» serlo, lo fue; esto sería un juego no limpio; pero no hago esto, sino que pretendo decir *cómo* fue materialmente derrotada la revolución. No he inventado nada nuevo, pero he tratado de orientar lo que ya estaba dicho a dar una explicación propiamente marxista. Lo que hago no es una «condena moral» del stalinismo ni del post-stalinismo.

Por eso tampoco me baso en la «brutalidad» y el carácter «tiránico» del régimen staliniano (y del post-staliniano, aunque con métodos algo diferentes); cierto que eso ocurre, y que —tal como se dio y se da— es incompatible con el socialismo, pero basarse en esto sería de nuevo «comparar con un patrón». Lo que hago es buscar una definición propiamente marxista del stalinismo (que, al mismo tiempo, dé razón del post-stalinismo), y, aun hecho esto, no me contento con ello, sino que pretendo explicar *cómo* y por qué sobre la base de un comienzo de revolución socialista se llegó a tal cosa.

Pero no espero convencerlos. Es asombrosa la suma de deshonestidad que se acumula cada vez que se llega a este punto. Así, cuando se habla de los países del «bloque socialista» diciendo cosas como «en la sociedad... (china, soviética, o lo que sea) han sido abolidas las relaciones capitalistas de producción». En primer lugar, hay, por lo visto, un cierto número de «sociedades» (unas «capitalistas», otras «socialistas», otras sepa el diablo qué); todavía no se ha hecho un inventario: ¿cuántas «sociedades» hay?; me temo que aquí el análisis marxista cede el terreno a la diplomacia internacional. En el fondo, se trata de no tocar los verdaderos intereses vitales actuales de la burguesía como clase y el verdadero poder estatal (en sentido

marxista) de hoy, pues lo uno como lo otro es supra-«nacional». En segundo lugar, puesto que, según el marxismo, la sociedad capitalista es, por su propia naturaleza, la última forma de la sociedad de clases, al decir «una sociedad en la que las relaciones capitalistas de producción han sido abolidas», un sedicente marxista dice —aunque no se lo proponga— este contrasentido: «una sociedad comunista», cuando, en la gramática de la obra de Marx, «sociedad comunista» es «singulare tantum».

La última y definitiva deshonestidad es el decir que no importan los nombres que se den a las cosas, que lo que importa es «la realidad». En términos marxistas, la revolución sólo es posible como acto de conciencia, y, por eso, ninguna ventaja inmediata puede ser disculpa para que se confundan los conceptos; no guiarse por esto, y al mismo tiempo pensar en el movimiento de masas, es tratar de manipular a las masas, de hacer que se muevan en virtud de mentiras. Se prostituye el marxismo, y no por descuido teórico; decir que en tal o cual sitio «las relaciones capitalistas de producción han sido abolidas» tiene la intención de dejar ese sitio a cubierto; es un mito conservador mucho más efectivo que los tradicionales: ahora ya no se trata de defender la propiedad, la familia, la religión y el orden, sino que se trata de defender «el so-cia-lis-mo».